

intencion, escepto el Emperador, Castillo, Miramon y yo.

El Emperador me mandó poner todos sus papeles y archivos en pequeñas balijas que debian llevar los húsares en los tientos, y el mayordomo del Emperador con puertas cerradas en mi cuarto se ocupó de este trabajo durante todo el dia.

Fuí nombrado por el Emperador gefe de la casa, y puso á mi especial mando tanto á los húsares, como á la Guardia de Corps mexicana. Se me olvidó decir que el comandante de los húsares, capitán Echeagaray habia sido pasado á la infantería y su mando se le habia dado al capitán Pawlowski.

Este oficial era un hombre muy fornido, el cual sorprendió una ocasion á los mexicanos grandemente. Los combates de la caballería mexicana generalmente eran la cosa mas ridícula que se podia ver. Ambos asaltantes se detenian á cierta distancia y comenzaban á hacerse fuego mútuamente hasta que uno de ambos partidos satisfecho con lo que habia tenido, echaba á correr, y entonces el otro con gran bulla le perseguía. Cuando los húsares en vez de observar esta costumbre se arrojaron sable en mano sobre los mexicanos, estos se sorprendieron enteramente de tan rudo comportamiento y mucho mas del capitán Pawlowski, que siempre llevaba un sable de reglamento muy pesado y que destrozó á siete con su propia mano antes que se hubiesen recuperado de su sorpresa.

Tenia que preparar todo para nuestra salida, tan en secreto como era posible; y el Emperador que nunca olvidaba nada, mandó que todas las personas cerca de él llevaran en su bolsa un librito de memorias, con el objeto de

poder al instante escribir aun la orden mas insignificante á lo que él estrictamente se adheria.

Para engañar á los habitantes y al enemigo, quienes sin embargo, conocian nuestra posicion mejor que nosotros mismos, se reunieron á todos los cornetas por la tarde en la plaza de la Cruz, para tocar diana, y al mismo tiempo se repicaron todas las campanas; es decir, todas aquellas que aun no habian sido trasformadas en balas de cañon. Me sentia contento y feliz porque al fin habiamos llegado á una determinacion, y dormí mejor de lo que jamás lo habia hecho antes.

Las disposiciones exactas para el 27 de Abril me eran conocidas; pero de lo que ví, parecia como si á Miramon le importase mas infligir un castigo severo al enemigo, que cumplir nuestro designio principal.

Mientras que Miramon atacaba al enemigo al pié del cerro del Cimatarío; Castillo, que se ofreció á hacerlo debia efectuar un ataque fingido contra la garita de México. Sin embargo, si por casualidad pudiera tomarla sin gran sacrificio, podia hacerlo.

El Emperador debia esperar en la Cruz el resultado del ataque de Miramon. Con él se quedaron los húsares, los Guardias de Corps y el rejimiento de la Emperatriz. Todo se hallaba empaquetado y listo para salir de Querétaro.

Entre las cinco y las seis de la mañana avanzaron al mismo tiempo Castillo y Miramon; el primero de estos sobre el camino que deseaba tomar el 11 de Abril, y el último de la capilla de San Frascisquito.

Con Miramon iba la division del general Méndez, el que en ese dia hizo lo mejor, pues habia notado que el Emperador últimamente le habia tratado con alguna frialdad. A

la cabeza de la columna asaltante estaban como de costumbre, los intrépidos cazadores y en seguida de ellos el batallón de los Guardias Municipales de México. La caballería cubría su flanco derecho.

Al primer asalto del mayor Pitner fué tomada la primera línea enemiga y una batería. El ataque se hizo con tal impetuosidad, que un terror pánico se apoderó de los liberales, quienes huyeron casi sin haber hecho frente. En ese ataque se encontró Pitner con la brigada liberal de Morelia la que estaba mandada por un coronel alemán Carlos von Gagern, cuyo ayudante Mr. von Gluemer, fué hecho prisionero.

Una vez que se encontraron nuestras tropas en la línea del enemigo, era fácil tarea la de arrollarlo, pues estaba flanqueado y se le hacia fuego por la espalda. Los liberales huyeron como una manada de carneros poseidos de un terror pánico. Quince cañones, siete estandartes y quinientos cuarenta y siete prisioneros incluso veintiun oficiales, una gran cantidad de parque y armas, bagage de los oficiales y provisiones fueron el resultado de este breve combate. La formidable hacienda del Jacal, cuartel general de Corona fué igualmente tomada. El pánico de los liberales fué tan grande, que muchos y entre ellos algunos generales, huyeron hasta mas allá de Celaya, que está á siete leguas de Querétaro.

Castillo igualmente obtuvo buen éxito. Tomó una batería de seis cañones; mas como que la garita y la hacienda frente á esta eran como un fuerte fabricado con sólidas piedras, no era tan sencillo el tomarlas como una trinchera.

Apenas habíamos sufrido pérdidas y el fin de nuestro ataque se cumplió del modo mas glorioso, y fuera de toda

esperanza. Nada nos impedía abandonar la ciudad, pues necesariamente algunas horas habian de pasar antes que Escobedo pudiera enviar nuevos refuerzos de las líneas frente y alrededor de la ciudad. Cualquiera que conozca el modo de guerrear mexicano, sabrá igualmente que cualquier regreso de tropas no era de temerse.

Oficiales liberales mas tarde me dijeron, que su ejército perdió en este dia, nada menos de diez mil hombres por la desercion, y que se envió caballería en su busca, para traer por lo menos á algunos de ellos. La derrota fué tan completa y aparecia tan decisiva que algunos de los generales liberales propusieron levantar el sitio y todos admitieron que lo hubieran tenido que hacer, si Miramon hubiera al instante apoyado á Castillo, y la garita de Mexico hubiera sido tomada.

Los pobres habitantes estaban llenos de júbilo. Tan pronto como supieron de nuestro gran triunfo se arrojaron en las líneas del enemigo y se sirvieron de todas las provisiones de boca que allí encontraron. Cuando vió el Emperador que nuestras tropas estaban victoriosas, ordenó que quedase todo preparado en su casa y montó á caballo por el campo de batalla, acompañado de Pradillo, López, yo y los húsares. Las tropas lo recibieron con tremendos vivas. En todas nuestras líneas se tocaba «diana», y todas las campanas de Querétaro proclamaban por todos los alrededores nuestra victoria. Cuando llegamos ví con sorpresa que las tropas de Miramon se retiraban á la Casa Blanca, aunque enemigo alguno estaba ante nosotros, y nada le impedía volver al Cimatarío, ocupar la Cuesta China, y desde allí hacer fuego sobre la garita de México; si nada se intentaba ademas del designio primitivo.

El Emperador pasó á caballo por las líneas que habian sido ocupadas por el enemigo, en conversacion animada con Miramon; igualmente visitó la hacienda del Jacal. Durante esta conversacion me supongo que el general Miramon trató de persuadir al Emperador á que por el presente abandonase la intencion de dejar á Querétaro y hacer otra tentativa para aniquilar al resto de las fuerzas enemigas, puesto que se habia hecho con tal facilidad en el lado del sur. La elocuencia del jóven general era mas conveniente, puesto que se hallaba sostenido por un éxito tan estupendo. Se resolvió esta vez que Miramon avanzase á la derecha del Cimatarío, limpiase la cima de la Cuesta China, cruzase el rio, y atacase S. Gregorio. Si este plan se hubiera llevado adelante inmediatamente despues de nuestro triunfo tal vez podia haberse seguido de otro aun mas grande; pero horas enteras habian pasado, durante las cuales nada se hizo. El Emperador no obstante estaba lleno de esperanza, y me dijo: "Despues de todo, Salm, es bueno el jóven general."

Se há afirmado mas tarde, por el comandante von Goerbitz, un aleman perteneciente al estado mayor de Miramon, que no fué este general sino el Emperador, quien ordenó se hiciera un segundo ataque. Al interrogarlo cómo era que el comandante podia saber lo que habia pasado en lo privado entre el Emperador y Miramon, el comandante dijo que este último habia tenido siempre la costumbre de reunir á sus ayudantes despues de una conversacion con el Emperador con el objeto de comunicarles lo que se habia dicho, ó lo que se habia resuelto.

Pregunté al general Escobar, quien siempre habia estado con Miramon, y negó de plano que este general jamás habia tenido esta costumbre extraordinaria. El general Esco-

bar todavía existe, y estará dispuesto á repetir ahora lo que entonces aseguró. Pero si el comandante von Goerbitz oyó á Miramon hacer esta representacion, entonces debo suponerme que el general lo dijo así con algun fin particular; pues de una conversacion de él al Emperador sobre este asunto, en la que me hallaba yo presente, se aclaró que el segundo ataque habia sido propuesto por Miramon. No he entendido mal esta conversacion, pues se lo pregunté al mismo Emperador, y me contestó que habia entendido bien el asunto.

Antiguamente Márquez era el espíritu maligno del Emperador; esta vez lo era Miramon: el primero de estos es un traidor vil; el segundo pagó con su sangre vertida al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario creeremos que Miramon, aunque completamente poseido de ambicion personal, estaba mas bien ciego por sus propias ilusiones, y llevado por su lijereza, que de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caida de este.

El general Escobedo aprovechó mejor el tiempo malgastado por Miramon con una negligencia tan culpable. Tan pronto como vió desde su cuartel general en la Cantera á través de la ciudad, el ancho costado del Cimatarío cubierto por sus soldados de terror pánico poseidos, envió al través del rio á sus mejores soldados para reparar sus pérdidas. Entre estas tropas se hallaba el batallon de Supremos Poderes, la escolta particular de Juarez; la brigada de Nuevo Leon, á las ordenes del coronel Palacio; y aun hasta la escolta de Escobedo, el rejimiento de caballería de los Cazadores de Galeana, quienes portaban rifles americanos Spencer de á ocho tiros.

Eran mas de las nueve de la mañana. Colocó Miramon dos brigadas una á la derecha y otra á la izquierda del ancho camino que conducia de la Casa Blanca al Cimatario; el mismo en el que avanzó el enemigo el 27 de Marzo. Una tercer brigada le siguió como de reserva, mientras que el 4º rejimiento de caballería, á las órdenes del coronel de la Cruz, cubria el flanco derecho.

Sea porque Miramon habia olvidado adquirir informes tocante á los movimientos del enemigo, ó sea por la embriaguez que el triunfo produjo en él, no sabré decir, pero no habia creido necesario el poner un vijilante en la cima del Cimatario: pero es un hecho que los refuerzos enviados por Escobedo estaban ya cerca de esa cima en el declive opuesto del cerro, cuando nuestras tropas lo empezaron á subir del otro lado. Por descuido habia perdido Miramon la gran ventaja de su posicion, y otra prueba mas de su negligencia fué la de haber permitido que los Cazadores fuesen al ataque con solo dos ó tres cartuchos en las cartucheras. El Emperador, igualmente escitado con el triunfo y creyendo ahora mas que nunca en el genio de Miramon, avanzó en compañía del general.

Cuando nuestras brigadas habian subido las dos terceras partes del cerro, fueron saludadas con un fuego nutridísimo de la cima, adonde habian llegado las tropas de Escobedo. Al mismo tiempo los Cazadores de Galeana dieron vuelta al flanco izquierdo del enemigo y efectuaron un ataque contra nuestro 4º rejimiento de caballería, el que fué derrotado y rechazado sobre la infantería; nuestras tropas hicieron alto. Su embriaguez no habia sido duradera, pues su victoria habia sido demasiado fácil. Y lo que es mas, estaban

ya fatigados con la tarea de la mañana, especialmente con la corrida cuesta arriba para hacer prisioneros.

El fuego desde la punta del cerro, fortalecido por el de ambos flancos de los victoriosos Cazadores de Galeana, quienes en esa ocasion dispararon catorce mil cartuchos, segun fuí mas tarde informado, era demasiado para ellos, y comenzaron á vacilar

En ese momento el Emperador desenvainó la espada y pasó al frente de la primera línea: Miramon estaba á su derecha, yo á su izquierda. Pero el fuego de las alturas fué mas poderoso que la elocuencia de sus animantes palabras y su ejemplo; nuestras tropas dieron la espalda al frente, y los liberales avanzaron de sus posiciones. El Emperador fuera de sí, no queria retirarse, y se quedó en el punto en que se hallaba como blanco para cada bala. Que no hubiera encontrado aquí la muerte de un soldado, es de admirarse. El peligro llegó á ser mas y mas eminente, pues el enemigo avanzaba. Miramon y yo en vano le rogamos se retirase; insistia en quedarse. Al fin le puse la mano en el brazo izquierdo y dije: «Imploro á Vuestra Magestad no se esponga de una manera tan inútil; por su ejército no debe esponer su vida!» Esto tuvo el debido efecto. El Emperador con paso lento volvió su caballo y se dirigió á la Casa Blanca.

El declive del cerro ofrecia en ese momento un espectáculo que me partió el corazon. Estaba cubierto de nuestras tropas fugándose en desorden, perseguidas por los Cazadores de Galeana, quienes mataban á los heridos. En la corta distancia que hay del cerro á la Casa Blanca perdimos doscientos cincuenta hombres, entre ellos al teniente Wols de los Cazadores, el que se quedó en el campo, herido en la

cara. El enemigo hizo la tentativa de perseguirnos hasta la ciudad, y al momento nos siguió hasta la Casa Blanca, que que se habia ocupado como antes. El general Miramon estaba en la azotea de la Casa Blanca; suplicó al Emperador subiese con él allí para que viese cómo los liberales se romperian las cabezas contra nuestras murallas. Miramon no se equivocaba en esta ocasion. El enemigo se detuvo á cosa de doscientos pasos, y cuando fué rechazado un intrépido ataque de los Cazadores de Galeana contra nuestra batería que estaba situada entre las garitas de Pueblita y Celaya, los liberales se conformaron con volver á ocupar de nuevo las líneas que esa mañana habian perdido sus camaradas.

Cuando me hallaba en la azotea de la Casa Blanca con el Emperador y Miramon, pregunté á este último qué medidas habia tomado para la seguridad de la Cruz. Y me contestó: «Hasta este momento absolutamente ningunas.» Habia olvidado la Cruz enteramente y á haber dependido de los liberales la hubieran tomado sin dificultad alguna. Sin embargo, no se le habia dejado completamente sin proteccion. El rejimiento de la Emperatriz hacia el servicio de infantería, y Mejía, que habia ido á la Cruz, empleó á esos hombres que habian venido con las piezas capturadas. Estas, junto con los estandartes y prisioneros, fueron situados en la plaza de la Cruz. Entre estos estaban el ayudante del coronel de los liberales von Gagern, un señor von Gluemer, que en un tiempo habia sido alférez prusiano. Cuando el Emperador le preguntó si era aleman, le contestó con una espresion correspondiente: «Soy americano!» *Civis Romanus sum.*

El Emperador se quedó conferenciando encerrado con Mi-

ramon mas de una hora, y yo me retiré al cuarto de Castillo, el que ya estaba de regreso. Ambos éramos de opinion que no obstante el curso que habian tomado las cosas, aun podiamos cumplir con el propósito primitivo de nuestro ataque, y que el presente momento era mas favorable de lo que mas adelante se nos podia presentar. Salirnos con todo nuestro ejército era practicable por cualquier punto de las líneas enemigas, pero especialmente en direccion á la Sierra Gorda, pues Escobedo habia disminuido esas líneas con haber mandado de allí las tropas que habian rechazado nuestro segundo ataque, mientras que á la mañana siguiente muchas de las tropas derrotadas, probablemente se habrian recuperado de su terror pánico y regresado.

Todo estaba empaquetado y listo, y los dos señores americanos Mr. Clark y Mr. Wells, quienes me habian suplicado no los dejase atrás, con impaciencia esperaban la señal de marcha. Todavía no habia recibido contra órden, pero la prolongada conversacion que el Emperador tenia con Miramon nos tenia inquietos, y temiamos que este ardiente y jóven general induciria á S. M. á quedarse. Por lo tanto fingí negocio en el aposento del Emperador, y al echarme de ver él, dije en aleman: «Me podrá conceder su Magestad el favor de unas cuantas palabras antes de despedir al jóven general?»

«Está bien,» replicó el Emperador, «aguárdeme vd. en el cuarto de Castillo: estaré allí dentro de un momento.»

Pronto se presentó.

«Vuestra Magestad» le dije, me favorecerá con el permiso de hablarle con mas franqueza de lo que me atreviera á hacerlo bajo circunstancias menos precarias que estas?»

«Siempre deseo que hable vd. con franqueza y libertad

conmigo» dijo el Emperador, «aun bajo las mas prósperas circunstancias.»

«Pues bien, Vuestra Magestad» continué «de imploro abandone esta ciudad, adonde ciertamente encontrará su muerte;» y desplegué todas las razones y argumentos que habia discutido con Castillo, y en las que este general me sostuvo hasta lo último.

Pero todo fué en vano. El Emperador estaba enfatuado con Miramon. De nuevo aludió á su «honor militar,» que no le permitia abandonar la ciudad con toda la artillería de grueso calibre.

«Y lo que es mas» exclamó, «qué sucederá con esta desgraciada ciudad que nos ha sido tan fiel; y nuestros pobres heridos, á quienes no podemos llevar consigo?»

Aunque estos escrúpulos hacian honor al corazon del Emperador, no las podiamos encontrar convincentes. Rendir un fuerte, sin hallarse obligado por la mayor necesidad, ó perder la artillería, podrá ir en contra del honor de un comandante ó de un oficial de artillería, y ciertamente es de desearse que semejantes ideas sean como artículos de credo en un ejército; pero no es posible que puedan estar estas en fuerza con un soberano que debe guiarse por otros motivos y no solo por su honor militar. Sin embargo, no se podia persuadir al Emperador, nos dijo que ya habia arreglado otro ataque contra San Gregorio para la mañana siguiente.

«Pues bien» exclamé «si Vuestra Magestad insiste en quedarse y atacar San Gregorio, le imploro no se demore, sino que se haga en el acto, dentro de una hora.»

Castillo opinaba lo mismo, pero en vano; la opinion de Miramon era la que prevalecia, y tuve que dar órdenes á

los húsares y Guardias de Corps para que se retirasen á sus cuarteles. Así terminó el 27 de Abril, que nos ofrecia la última oportunidad de salvacion.

El ataque contra San Gregorio, que se propuso para el 28 de Abril, no tuvo lugar, en parte por la escasez de municiones, pero mas bien porque el Emperador habia sido inspirado con tal confianza por Miramon de un éxito afortunado, que se imaginaba que un dia mas ó ménos no importaba mucho. No se pensó mas en Márquez, y si venia ó no se consideraba ya como bastante indiferente, pues Miramon se sentia suficientemente fuerte para conquistar sin él. Romper la línea era cosa que se podia haber hecho cualquier dia sin mucha dificultad. El enemigo se mantuvo quieto este dia, y nosotros no lo perturbamos.

Méndez echó de ver á una muger frente á sus líneas, que llevaba un sombrero ornado con una pluma, y una arma con la que con furor hacia fuego al enemigo. Yo ya la habia visto en otras ocasiones. Parecia como hija de soldado. Al ser examinada por el general Méndez, dijo que su esposo habia sido matado por los liberales el dia 14 de Marzo, y que queria vengarlo: como que tenia la apariencia de una muger sumamente resuelta, el general la empleó para que saliese y trajese noticias de Márquez, por lo que le prometió darle quinientos pesos.

Regresó despues de pocos dias y dijo que Márquez estaria en Querétaro dentro de dos ó tres dias, pues le habia hablado en Arroyozarco. Pero al examinarla mas de cerca se contradijo de un modo muy sospechoso y se tuvo á bien ponerla presa.

Seria probablemente algun espía del enemigo, á la que

Le hubiera agrado ganar de un modo fácil quinientos pesos imperiales.

Notamos que se hacian contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y mas tarde oimos decir que habia organizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionage. Habia un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aun oficiales liberales en traje de paisanos habian estado en la Cruz. Por supuesto todo esto lo llegamos á saber hasta despues del sitio.

Nuestras tropas se habian disminuido considerablemente á consecuencia de tantos combates, á tal grado habia esto llegado, que la infantería no era ya suficiente para cubrir las trincheras. Aquellas que habia entre la garita de Celaya y el cerro de las Campanas fueron por consiguiente ocupadas por el 4º rejimiento de caballería, cuyos caballos en su mayor parte habian muerto de hambre. Era de sorprenderse que los liberales no atacasen esta posicion.

La escasez de maiz no se sentia menos que la del dinero. Algunos rejimientos de caballería y las yuntas de la artillería no recibieron ningunas raciones y tenian que mantener sus caballos con hojas y ramas cortadas. Los soldados solo recibian media paga y los oficiales casi ninguna.

El 29 de Abril montó á caballo el Emperador conmigo y el coronel López, y recorrió las líneas. No se sentia bien y estaba de mal humor. Comí con él en compañía del coronel D. Joaquin Rodriguez, bastante bien, gracias á la destreza del cocinero, que se le habia quitado al epicúreo Dr. Basch.

El 30 de Abril fué llamado Miramon al lado del Emperador, y como que el incansable general Arellano habia

reemplazado el parque, se resolvió atacar la garita de México en ese mismo dia.

El 1º de Mayo se comenzó el ataque á las seis de la mañana por la batería que estaba cerca de la capilla de San Francisquito la que hacia fuego contra la hacienda de Calleja, casi frente á la capilla en las líneas del enemigo, teniendo el fuego tan buen éxito, que fué desocupado el lugar por el Este.

Los cazadores y el batallon de los Guardias Municipales, ambos mandados por el coronel D. Joaquin Rodriguez, lo mismo que la batería de San Francisquito, al instante ocuparon este lugar por entero. La batería rompió el fuego contra la garita de México por una parte, mientras que por otra, la atacó con las baterías que estaban en la Cruz. Arellano dirigió el bombardeo desde el panteon.

Al mismo tiempo salió de la hacienda con sus tropas el coronel Rodriguez y avanzó sobre la garita; el Emperador y yo que desde un ángulo de la Cruz observábamos el ataque, vimos huir por la puerta que daba atrás de la hacienda, cerca de la garita, á soldados, mujeres, caballos y mulas. Nuestro triunfo parecia estar asegurado, cuando cambió la suerte por un accidente. El coronel Rodriguez, uno de los hombres mas valientes que jamás he conocido se hallaba á la cabeza de sus tropas, pero cuando se encontraba á cosa de veinticinco pasos de la garita fué traspasado por dos balas y cayó muerto del caballo.

La muerte de su coronel hizo detenerse á los Guardias Municipales; despues empezó la confusion y al fin la retirada. Allí no habia reserva, y la ventaja ganada no podia seguirse. Los defensores de la garita recobraron su valor y persiguieron á nuestras tropas en retirada, las que car-

garon con el cuerpo de su coronel hasta la hacienda de Calleja. Despues de esto hicieron los liberales un ataque contra la batería que habia allí, pero fueron rechazados por los cazadores. Sin embargo, se consideró por conveniente abandonar la hacienda y de nuevo retirarse á la capilla de San Francisquito.

Los fuegos de nuestra artillería habian sin embargo hecho buenos servicios; se habia destruido la pared del corral perteneciente á la hacienda cerca de la garita, é igualmente habian hecho bastantes perjuicios á la hacienda de Calleja. En esta refriega los cazadores habian tenido tres oficiales gravemente heridos, de los cuales murieron dos. Uno tenia un balazo en la cabeza que le dejó descubiertos los sesos; sin embargo de esto sobrevivió hasta en la tarde.

El coronel de los liberales Palacios, que mandaba en la garita, era amigo del coronel Rodriguez, con quien habia estado en Francia como prisionero de guerra. La muerte de Rodriguez fué profundamente sentida por todos; y el 2 de Mayo tuvieron lugar sus funerales solemnes en la iglesia de la Congregacion, adonde se sepultaron á todos los oficiales que en la campaña habian sido muertos en batalla ó de sus heridas durante el sitio. El Emperador con todo su Estado Mayor asistió al entierro.

A la sazón el enemigo habia recibido nuevas remesas de parque y bombardeaba la ciudad de una manera vigorosa y poco comun. Al fin se resolvió en la tarde atacar el cerro de San Gregorio á la mañana siguiente.

Nuestros medios, tanto en dinero, cuanto en provisiones, se hallaban casi exhaustos, y era necesario tomar medidas para hacerse de estos de algun modo ú otro. Por lo tanto

á todos los habitantes de la ciudad se les puso un impuesto acorde con sus rentas, y cada uno tenia que llevar su cuota diaria á determinado lugar á las seis de la tarde. El hombre mas rico de la ciudad, era un comerciante llamado Rubio, tenia que pagar ciento cincuenta pesos diarios. Castillo tuvo la 'superintendencia de este negocio, y bajo sus órdenes los coroneles Antonio Diaz y Francisco Redonet, estaban encargados de las contribuciones en dinero, y un comisionado llamado Prieto, de las provisiones de boca y forrage.

El 3 de Mayo habia de tener lugar á las cinco de la mañana el ataque contra San Gregorio; pero por razones que ignoro se pospuso hasta las siete, cuando el Emperador, que estaba sumamente incómodo, iba ya á contramandar. Sin embargo, tuvo lugar con dos columnas, las que en su primer asalto de nuevo tomaron la primera línea enemiga; pero como de costumbre, no habia reserva y la ventaja de este modo ganada no podia aprovecharse. Todo se hallaba dispuesto en la Cruz para la marcha, en el caso de ser nosotros derrotados y entrase el enemigo á la ciudad.

El general Arrellano y yo estábamos con el Emperador en la torre de la Cruz observando el ataque. Una bala de cañon pasó por entre la cabeza del Emperador y la del general Arrellano, el que fué levemente herido en la cabeza y hombros por un pedazo de pared. Me hallaba yo tras el Emperador y creyendo que estaba herido lo cojí en mis brazos. Un oficial que estaba en la azotea de la Cruz fué hecho pedazos por otra bala de cañon.

Despues de esto, acompañé al Emperador á la plaza de armas, donde nos pasaron varios heridos cargados. Entre ellos el coronel Cevallos gravemente herido en una rodilla

y el coronel Sousa del batallon Celaya, el que murió esa tarde. Un soldado de este batallon al pasar frente á nosotros solo y con serenidad levantó con la mano izquierda el brazo derecho roto por una bala de cañon y pendiente nada mas de un pedazo de pellejo se lo mostró al Emperador, le hizo un regalo á ese desgraciado y recomendó tuvieran con él un cuidado especial. El casino, antiguo alojamiento del Emperador, fué trasformado despues en hospital para los amputados y los heridos graves.

El Emperador buscó un oficial para que llevase la órden á Miramon de mantener la línea que se habia tomado, hasta que le enviase refuerzos. Como que no habia un oficial á mano ofrecí ir yo, pero el Emperador dijo: «No, no, Salm, busque vd. á otro, pues no quiero que le vaya á suceder á vd. algo.»

El capitán Baron von Fuerstenwaerther fué á ver á Miramon, mas ya fué tarde; la línea conquistada habia ya sido de nuevo tomada por el enemigo.

Este fué el último ataque que hicimos de nuestro lado. Habiamos hecho un gran número de prisioneros que estaban reunidos en el atrio de la catedral y allí fueron examinados. Dijeron que todo marchaba satisfactoriamente en el campamento de los liberales y que desde mucho tiempo atrás hubiera sido tomado Querétaro si los generales no hubieran estado celosos y peleándose entre sí. De eso sin embargo, no habia que sorprenderse. Muchos de entre ellos pertenecian á diversos partidos, y habian sido enemigos toda su vida, y en esta ocasion solo estaban unidos temporalmente para la conclusion del sitio.

### TOMA DE LA CIUDAD POR TRACION.

El general Méndez estaba ya muy disgustado. Declaró que todos estos encuentros habian sido supérfluos, pues solo nos costaban hombres sin traernos la mas mínima ventaja. La única cosa que quedaba que hacer era romper las líneas del enemigo y salirse. Estaba tan sumamente incómodo, que dijo se hallaba enfermo sin estarlo, y se trasladó á una casa en la plaza de la Independencia. El y otros generales tenian la esperanza de que el Emperador se desprenderia de las influencias del ardoroso general Miramon, y el Emperador por otro lado esperaba aun que el general encontraria medios para aniquilar al enemigo y levantar el sitio. Así, entre las esperanzas de ambos que nunca habian de realizarse, el tiempo se deslizó sin que nada decisivo se efectuara, hasta que de dia en dia vino á ser la posicion insostenible.

El dia 4 de Mayo fué otra vez bombardeada la ciudad de una manera terrible; pero esto era ya un incidente de todos los dias.

Los soldados que teniamos en la Casa Blanca echaron